

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Día del Padre



Todavía está por ser pensado y ser escrito un estudio que explore el irrefrenable apetito de la raza azteca por las efemérides, aniversarios, homenajes y todo tipo de fiestas. Esto viene desde el imperio azteca y no tiene para cuándo terminar. Hasta los albores del siglo XX, el calendario de estas fiestas era decidido por la Iglesia Católica mexicana que se daba vuelo con sus Corpus y sus vísperas y sus novenas. Como a la cultura mexicana no le gusta quitar nada y goza mucho al acumular (tiene vocación de ropero de abuelita), cuando, a raíz del Porfiriato y de la Revolución, se abrió la posibilidad de celebrar fiestas laicas, lo que hicimos fue conservar el calendario religioso y sobreponerle el nuevo calendario secular. Con eso conseguimos que convivieran la Semana Santa con el Día de la Madre, o el Día del Cartero. En este calendario laico brilló con luz propia el Día de la Madre, que de los años treinta a los años cincuenta, fue la reina indiscutida de todas las fiestas. Fállale a quien sea, pero a tu madre, nunca. Hubiera sido una infamia no celebrar a esa sufrida

matrona que aguantaba vara allá en el hogar donde recibía las peores noticias y no trepidaba. En una película mexicana, una madre azteca de esta especie recibía la noticia de que su grácil y joven hija "La Monchis" se había fugado con un pintor (pausa dramática, lágrimas que se asoman) y esto no es lo peor, mamá, decía la chismosa de la otra hija, se trata de un pintor abstracto (lobezno aullido de la madre herida de muerte). A estas madres había que ofrecerles un tostador Sunbeam y una invitación a un buen restorán (término vago y muy abarcador).

Los años han pasado y aquel modelo de madre se ha ido descontinuando. Ya quedan muy pocas de aquellas resistentes morsas que reinaban en el hogar sin abandonar jamás el trono, la corona y el cetro. Mi venerada madre fue de las últimas en caer. Ella que, teniendo yo 19 años, me regaló un librito sobre sexualidad masculina de ediciones Paulinas. Ella que, como un favor muy especial, nos pedía que no le celebráramos el Día de la Madre, pero que lanzaba lumbre por orejas, ojos y fosas nasales si le hacíamos caso.

Como una especie de premio de consolación para los papás y una oportunidad para sacar un poco más de dinero, se instituyó con escaso boato el Día del Padre. En realidad, éramos muy pocos los que le hacíamos caso y menos los que lo celebraban. Así pasaron los años y la figura de la madre se fue deteriorando por el simple hecho de que las madres cada vez eran menos madres. Por com-

pensación, los padres comenzamos a adquirir una relevancia que nunca habíamos tenido. Los padres somos ahora unos estuches de monerías que dominamos una o varias o todas las disciplinas domésticas, de modo que la señora se puede ir muy tranquila con sus subversivas cuatas a una exposición, o a la presentación de un libro, o a un bar para ponerse moradas de tanto Cosmopolitan que se avientan al colete. Ellas pueden llegar arrastrando los apellidos porque saben que ahí estamos los sufridos padres que ya bañamos y acostamos a los hijos y que ahora nos disponemos a colocar a la briagueta abajo del chorro helado de la regadera. Es a resultas de todo esto que el Día del Padre se ha ido convirtiendo en un importantísimo festejo civil. No saben. Este último domingo me disponía a ver en pijama dos buenos juegos de fútbol cuando me cayeron mis cuatro productos y sus dos respectivas madres (horario escalonado). Me tuve que bañar y vestir, me llevaron y me trajeron, no vi el fútbol y acabé viendo al mamón del Gavioto en la tele y perdiendo caudalosamente en el póker. Tan bonito que era cuando nadie nos pelaba.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDLXXIX (1579)
 ¿Y los niños muertos en Hermosillo?, ¿y la lana que se robó MONTIEL?, ¿y la justicia?.

Cualquier correspondencia con esta paternal columna, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

